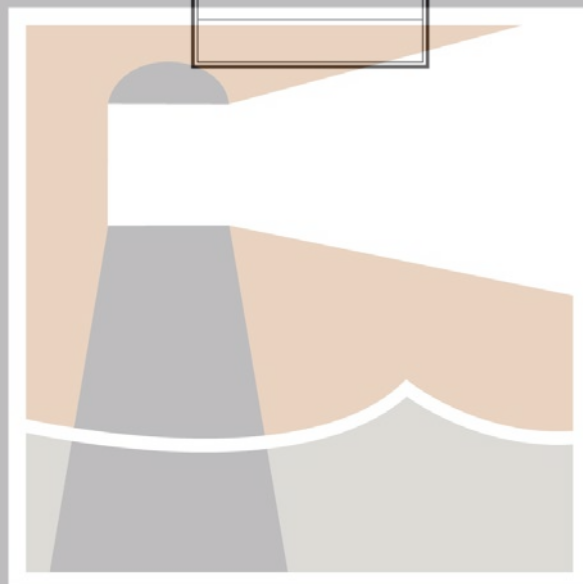




EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL



Ludueña, María Eugenia

Laura : vida, militancia y búsqueda de la familia Carlotto / María Eugenia Ludueña ;
Prólogo de Estela de Carlotto. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2026.
368 p. ; 24 x 16 cm. - (Historia urgente / Constanza Brunet ; 124)

ISBN 978-987-823-105-1

1. Derechos Humanos. 2. Crónica Periodística. 3. Desaparecidos. I. de Carlotto, Estela,
prolog. II. Título.
CDD A860

Dirección editorial: Constanza Brunet

Coordinación editorial: Florencia Acher

Comunicación: Verónica Abdala

Asistencia editorial: Julieta Rojas

Diseño de tapa y colección: Hugo Pérez

Corrección: María Eugenia Krauss

Fotografía de tapa y contratapa: Archivo de la familia Carlotto.

Retoque de fotografía de tapa: Ariel Casós Vello

Fotografías de interior: Archivo de la familia Carlotto (pp. 54-59, 259-263, 348 y 354,
abajo), Presidencia de Paraguay (p. 354, arriba), Mónica Hasenberg (pp. 348-349),
Clarín (p. 353, abajo), Archivo Institucional de Abuelas de Plaza de Mayo (pp. 350-353,
arriba) y Ariel Gutraich (p. 357).

© 2026 María Eugenia Ludueña

© 2026 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-105-1

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

La autora agradece al equipo de Abuelas de Plaza de Mayo, a Alejandro Reynoso,
y a Ana Wajszczuk por su acompañamiento en la primera edición.



A Ian Gutraich, y a lxs jóvenes de ayer, hoy y mañana.


*La esperanza hoy es un contrabando que se pasa
de mano en mano y de historia en historia.*

JOHN BERGER

El pasado nunca es el pasado.

CRISTINA RIVERA GARZA

MAREA
EDITORIAL

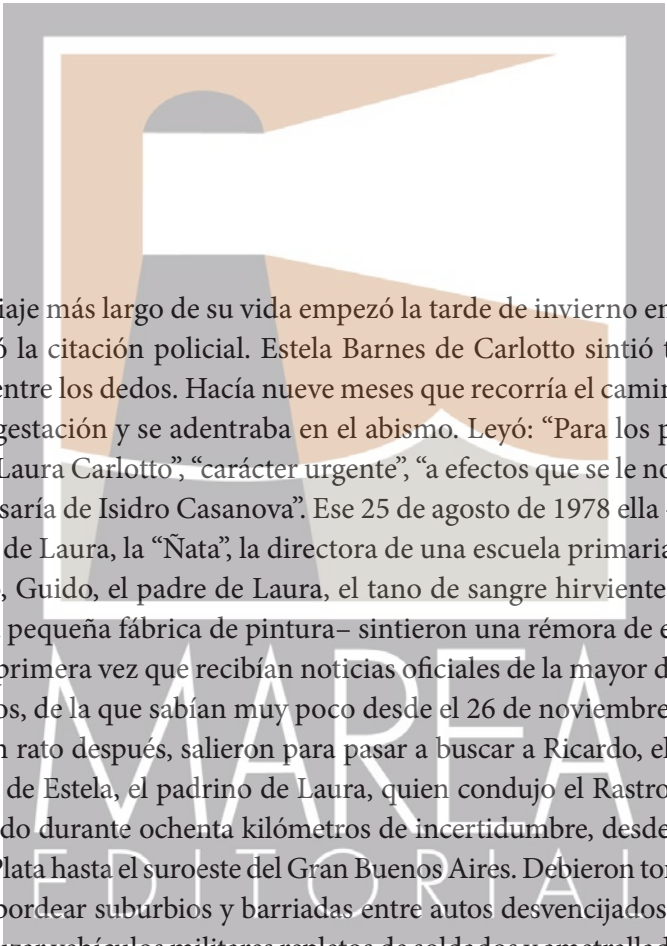


PRIMERA PARTE

Laura crece (1955-1972)

MAREA
EDITORIAL

Nueve meses



El viaje más largo de su vida empezó la tarde de invierno en que recibió la citación policial. Estela Barnes de Carlotto sintió temblar el papel entre los dedos. Hacía nueve meses que recorría el camino inverso a una gestación y se adentraba en el abismo. Leyó: “Para los progenitores de Laura Carlotto”, “carácter urgente”, “a efectos que se le notificarán”, “Comisaría de Isidro Casanova”. Ese 25 de agosto de 1978 ella –Estela, la madre de Laura, la “Ñata”, la directora de una escuela primaria– y él –su esposo, Guido, el padre de Laura, el tano de sangre hirviente, el dueño de una pequeña fábrica de pintura– sintieron una rémora de esperanza. Era la primera vez que recibían noticias oficiales de la mayor de sus cuatro hijos, de la que sabían muy poco desde el 26 de noviembre de 1977.

Un rato después, salieron para pasar a buscar a Ricardo, el hermano menor de Estela, el padrino de Laura, quien condujo el Rastrojero beige de Guido durante ochenta kilómetros de incertidumbre, desde la ciudad de La Plata hasta el suroeste del Gran Buenos Aires. Debieron tomar varias rutas, bordear suburbios y barriadas entre autos desvencijados y bocina-zos, cruzar vehículos militares repletos de soldados y ametralladoras, en el tránsito enredado y lento del anochecer. Cada tanto, Ñata compartía hipótesis alentadoras. Quizás fueran a encontrarse con Laura. Quizá les entregaran al bebé del que les había informado aquella desconocida, la que se había acercado a la pinturería de Guido a contarles que había estado encerrada con Laura en un “chupadero” y que esperaba un hijo.

Guido iba en silencio. La información que otros murmuraban, la que los diarios no contaban, él la llevaba en su cuerpo: hacía un año lo habían secuestrado. Después de veinticinco días en uno de esos sitios, había regresado como un espectro. Lo habían torturado, le habían preguntado por sus hijas militantes, Laura y Claudia. Había visto cómo los guardias obligaban a los jóvenes a formar largas hileras y les inyectaban una sustancia que los hacía tambalearse, vomitar y caer desmayados. Hasta los había escuchado preguntarse entre sí en qué bolsas iban a poner los cuerpos. A Guido lo habían liberado. Al llegar a su casa, había hablado durante seis horas seguidas. Esta noche en la camioneta hacia la comisaría no sabía qué decir. Las palabras no estaban hechas para esas situaciones; la mano de su esposa, Ñata, apretada contra la suya, sí. Parecía que no iban a llegar nunca, como si el tiempo se hubiera congelado en ese día de agosto. Laura, la primera hija, tan soñada.

Al principio, Laura había sido para Estela y Guido el nombre de una canción, una película; pura fantasía. Una noche de 1944, Ñata y Guido eran dos adolescentes en el inicio de un noviazgo y salían de un cine de La Plata. Mientras caminaban abrazados hasta la parada del tranvía supieron que algún día iban a tener una hija y se iba a llamar Laura. Como el título de esa historia de amor y suspenso que los acababa de marcar, la película de Otto Preminger. Era un clásico del *film noir*, basado en la novela negra más famosa de Vera Caspary, elegida por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares para integrar la colección *El séptimo círculo*. La protagonista de la película era Gene Tierney, una de las mujeres más bellas de la historia del cine. Laura era una mujer independiente, una heroína que desarmaba los roles de género de la época en que se escribió. La muerte violenta de esta mujer joven abría misterios y un abanico de sospechosos. Su nombre seguía flotando en una música suave, la de David Raksin, que los enamoró. La que los acompañó desde aquella noche en tantos momentos de intimidad, hasta que se casaron. La banda de sonido de una vida pasada:

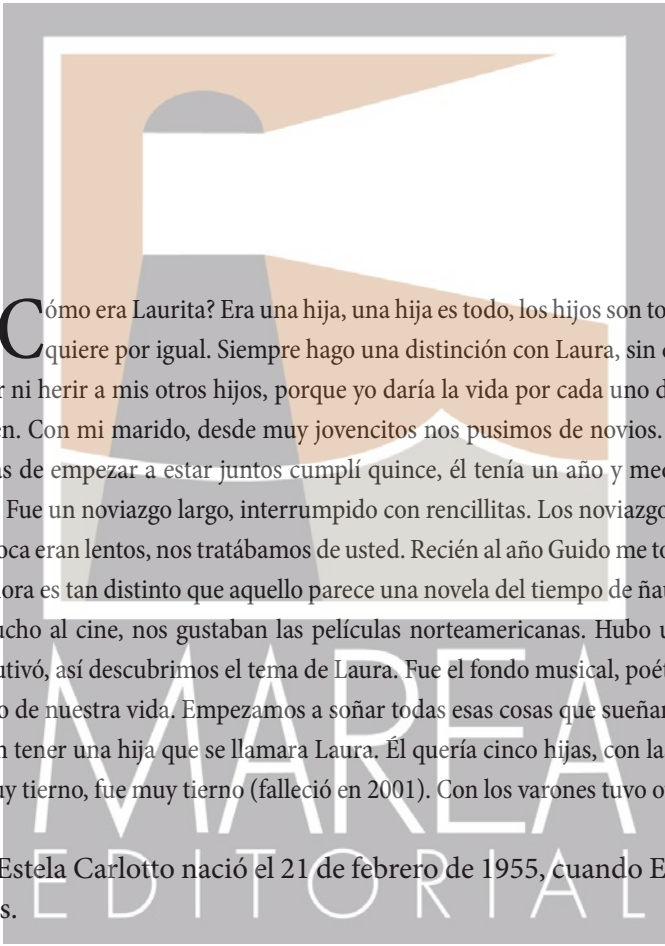
*Laura es el rostro en la luz brumosa,
pasos que se oyen debajo en el hall,
la risa que flota en una noche de verano*

*que nunca puedes recordar lo suficiente.
Y ves a Laura en un tren que está pasando.*

*Esos ojos,
qué familiares parecen.*



Formas en que se transmiten los mensajes



¿Cómo era Laurita? Era una hija, una hija es todo, los hijos son todo y uno los quiere por igual. Siempre hago una distinción con Laura, sin querer ofender ni herir a mis otros hijos, porque yo daría la vida por cada uno de ellos también. Con mi marido, desde muy jovencitos nos pusimos de novios. A los pocos días de empezar a estar juntos cumplí quince, él tenía un año y medio más que yo. Fue un noviazgo largo, interrumpido con rencillitas. Los noviazgos de aquella época eran lentos, nos tratábamos de usted. Recién al año Guido me tocó un dedo. Ahora es tan distinto que aquello parece una novela del tiempo de ñaupa. Íbamos mucho al cine, nos gustaban las películas norteamericanas. Hubo una que nos cautivó, así descubrimos el tema de Laura. Fue el fondo musical, poético, romántico de nuestra vida. Empezamos a soñar todas esas cosas que sueñan los novios, con tener una hija que se llamara Laura. Él quería cinco hijas, con las mujeres es muy tierno, fue muy tierno (falleció en 2001). Con los varones tuvo otro trato.

Laura Estela Carlotto nació el 21 de febrero de 1955, cuando Estela tenía 24 años.

Me puse más gordita, más linda de cutis, más todo. En cada uno de mis embarazos me ocurrió eso, mejorar. Tenía una pancita bien hacia adelante. Con los embarazos no me costó engordar lo necesario, ocho o nueve kilos. El ajuar se lo preparé yo. En esa época se tejía y se bordaba todo. El moisés, también.

Estela estaba tranquila porque la esperaba para marzo, pero el parto se adelantó. El 20 de febrero era un domingo de carnaval. Estela había ido a bailar a la confitería París, en La Plata, con su marido y su hermano, su cuñada y unos tíos. No bailó, pero estuvo hasta tarde en los festejos del salón del primer piso. Se fue a dormir de madrugada. A la mañana siguiente empezó a sentir molestias.

Me levanté, me acosté, le dije: “Guido, parece que estoy teniendo dolores de parto”. Los hombres, antes, no intervenían en estas cosas. Después, la generación nuestra cambió un poco esto. A las ocho y media llegó mi hermano con su esposa y mi tía, traían unas varitas de carnaval, habían seguido de farra en Punta Lara. Empezaron a gritar: “¡Ey! ¡Arriba que es carnaval!”. Y yo: “¡Cómo nos vienen a despertar a esta hora!”. Macana. Ya estaba despierta. Les dije: “¡Prepárense porque dentro de un rato los despierto yo a ustedes!”. Aunque en el fondo no creía que fuera a nacer ese día. Le dije a Guido: “Vamos a la casa de mamá y a hacerme ver, porque sigo con estas molestias”. Ese día mi mamá tenía visitas, mis tíos, y ya estaba preparando el almuerzo. “¡Mamá! ¿Me acompañás porque Guido va a ir a buscar el ajuar...?”. Y mamá seguía cocinando. “¡Mamá, dejá de hacer albóndigas, por favor!”. Fuimos al Hospital Italiano, donde atendía mi médico. Pero estaba de vacaciones. Me interné doce y media, a la una nació Laurita. Yo estaba con mi mamá, mi marido había ido a buscar el bolso. Me acuerdo de que, en la sala de partos, por una ventanita se veía el cielo. Pensé: “Gracias a Dios ya nació”. “¿Es sanita?”, pregunté. “Sí, señora, está toda bien”. Y se me cayeron unas lágrimas dulces, lágrimas de la maternidad, de mi primera hija, de poder verla.

Estela fue de lo más juguetona con sus hijos chiquitos. Les hablaba en diminutivo, les inventaba cuentos. Para que Laura se durmiera le susurraba a su esposo: “Vení, papá, mirá a la nena cómo se duerme. Mirá, ya cerró los ojitos, papá. Ya está dormida, no hables”. En ese juego, Laura se iba quedando dormida.

Todo eso con Laura. Quizás muchas cosas con Laura. Porque las fotos que le sacaba en las casas de fotografía y mostraba a mis compañeras no se las saqué a los que vinieron después. Ella siempre fue muy coqueta. A los dos años se ponía la ropita que quería.



Recorte de una de las fotos del día del casamiento de Laura. Es la imagen que usó Estela en la búsqueda de su hija y, luego, de su nieto. Es una de las fotos más conocidas de Laura.

Fotografía del último documento de identidad de Laura, que les fue entregado a Estela y Guido junto con el cuerpo de su hija.



Afiche con retratos de personas desaparecidas que se ha convertido en símbolo de la lucha por Memoria, Verdad y Justicia.



La Ronda de las Abuelas, tomada desde el Episcopado, 1982.



Estela delante del afiche del día del niño, 1984.



Sexta Marcha de la Resistencia, camino a Plaza de Mayo, 1986.

Índice

Prólogo a la primera edición, Estela Barnes de Carlotto	9
Primera parte. Laura crece (1955-1972)	11
1. Nueve meses	13
2. Formas en que se transmiten los mensajes	17
3. Donde las calles no tienen nombre	25
4. Muchacha	35
5. Las chicas del Normal 1	45
Segunda parte. Laura milita (1973-1978)	61
6. Egresadas 1972	63
7. Los que van a ver a Dios	71
8. El día feliz está llegando	79
9. Mañana es la revolución	89
10. Aserrín, aserrán, es el pueblo que se va	99
11. Final del juego	107
12. Quién recogerá los frutos	119
13. Boleto de ida	127
14. Un departamento mítico en la boca del lobo	137
15. Aves nocturnas	145
16. La Noche de los Lápidas	155
17. Clandestinos	165

18. Mi nombre es Rita	175
19. Cómo despedirse	185
20. Confesiones de invierno	193
21. Menos que susurros	201
22. La forma de ser felices	211
23. Plegarias atendidas	223
24. Cachavacha	233
25. Junio de 1978	247

Tercera parte. Buscan al hijo de Laura (1978 en adelante)	265
--	------------

26. El viaje más largo	267
27. Morir acá, vivir allá	275
28. Abuelas	285
29. La abuela Estela	305
30. El nieto	313

<i>Post Scriptum</i>	329
-----------------------------	------------

Fuentes	359
----------------	------------

Bibliografía	362
---------------------	------------



MAREA
EDITORIAL

Si tenés dudas sobre tu identidad o conocés a alguien
que puede ser hijo o hija de personas desaparecidas,
comunicate con Abuelas de Plaza de Mayo.

Página web: abuelas.org.ar



Tel (+54 11) 4384-0983

Correo electrónico: abuelas@abuelas.org.ar

MAREA
EDITORIAL

